



SONETO I

a Inés Sáenz

Ya de tus hojas el envés plateado
con gracia el viento matinal no agita;
tu antes fornido tronco precipita
su volumen al suelo erosionado.

Yace bajo lo craso del collado
raíz de musgo y oquedad ahíta,
y en desolado alrededor levita
el diurno astro con rubor helado.

Deidad del tordo ayer, hoy del gusano;
eres en pie coloso desvalido;
fuiste contra huracanes soberano

no con lánguida fuerza; ondulatoria
tu voz de oleaje imita el estallido
ya en la ósea quietud de la memoria.



AVE ENJAULADA

a Gildardo González

Fueron nuestros sentidos *en el azar del verso*
paralelas unidas en un punto disperso,
hermana de la nube, de ajeno cielo eras,
marina voz que mueves la brisa en las esferas.
El sentido y el ritmo del minuto en la nada
modula tu presencia cual música sagrada,
si no canción alada cadencioso lamento,
del aire y de la casa vespéral ornamento.
La rueda que gobierna los días no reposa
y así como las patas de una araña canosa
mutilan despiadadas un insecto larvario,
del reloj te devora su pulso lapidario:
tu pluma se deshace y el brillo que la viste
no distingue del día si es alegre o es triste,
con suerte hubieras sido ave de mal agüero;
desangelada cifra tu canto lisonjero.
Conoces resignada que escapar del humano
es tan desfavorable a tu suerte como vano,
y en una tosca jaula solitaria feneces
resignada a ser bella, rodeada de tus heces.



EL TINIEBLO

a mi hermano Aldo Govea de la Cruz

¡Díganme cuántas veces
con despiadado brío celebramos
la sonora matanza! ¿Quién me dice
del atroz peleador, del que certera-
mente con la navaja penetraba
por los cuatro costados?
¡Cuánta tienda y aguaje saqueamos en tu nombre!,
cien veces mil cristianos midieron la fortuna
de tu médula y hueso, malviajada turba de jugadores despojaste
y al terminar la última pelea
nadie agua te dio, ¡oh desgraciado!
Ya no serás deshonor de tus padres —un filero en el buche
los rebajó a bocado de gusanos y helmintos—; ni tu dueño
se arañará de nuevo la cara de vergüenza; de haber mostrado casta,
de haber sido el contrario el que perdiera los ojos; de haber dado
tres o cuatro tajadas por cada navajazo que acertaba el rival
y al mismo tiempo varias veces nadie, cabreado, patuleco,
huir te hubiera visto con chillido cobarde; no serías
befa de las edades, peste en la sangre, cielo
nublado en la memoria;
tus hijos robarían de calle en redondeles
con luciente fulgor; no yacerías
sepultado en basura,
como yaces.